

CAPITULO V.

Que sirve de epitogo á la segunda parte.

El Consejo de los Diez habia encontrado ya demasiado lo que sucedia, y habia decidido librarse de la carga de aquel protegido que comprometia á la República obrando de una manera tan imprudente.

No era la muerte de César Malatesta causada en un lugar público y concurrido lo único que habia tenido lugar.

Se hablaba con hondo escándalo y con grande conmocion de la desgracia que habia acontecido en una de las primeras hosterías de Venecia.

En ella, dos damas de la alta nobleza veneciana, Estéfana Barbarigo y Elena Conti, habian causado uno de esos sucesos que no pueden oirse sin estremecimiento.

II.

Aquellas dos damas habian llegado la una despues de la otra una noche ya tarde á la hostería del Gato Azul,

y la primera, al tomar la habitacion, habia dicho al hostelero:

—Cuando venga una dama preguntando por otra dama que debe esperarla, traedla aqui; cubrid entretanto la mesa de viandas y traed vino de Chipre.

La mesa fué servida.

Poco despues llegó otra dama, preguntó por la que habia llegado anteriormente, y se encerró con ella.

Aquellas dos damas iban vestidas de luto.

Pasó mucho tiempo y ninguna de ellas llamó.

Pasó aún más tiempo y ya se observó el aposento donde estaban encerradas.

Pero dentro reinaba el más profundo silencio.

Pasó, en fin, tanto tiempo, que la puerta fué forzada y se encontró...

III.

Antes de decir lo que vieron los que penetraron en aquel aposento forzando su puerta, debemos decir lo que aconteció en él.

La primera dama que habia entrado era Elena Conti.

Iba rígidamente vestida de luto, y en su semblante se veía una desolacion y una palidez espantosa.

Apenas Elena Conti se quedó sola despues de haber sido servida la mesa, y puesto sobre ella dos grandes jarros de cristal llenos de dorado vino de Chipre, Elena sacó una caja de oro y arrojó los polvos blancos semejantes á mármol de Carrara molido que la caja contenia, la mitad en el uno de los jarros, la otra mitad en el otro.

Después se sentó en un sillón y permaneció inmóvil, muda y terrible.

Media hora después se abrió la puerta y volvió á cerrarse y apareció en el aposento otra dama rigurosamente enlutada también.

Era Estéfana Barbarigo.

Al verla, Elena se levantó rígida y se quedó mirándola frente á frente.

—Me habeis citado aquí á nombre de César Malatesta, dijo Estéfana Barbarigo.

—Sí, os he citado para un festin mortuorio, dijo Elena Karuk; para un festin en que no estamos solas, porque está entre nosotras la sombra de César. Sentáos á aquel extremo ó á este extremo de la mesa, donde gustéis, y bebamos por el alma de nuestro amante.

Estéfana se acercó á uno de los sillones que estaban colocados delante de uno de los extremos de la mesa.

En aquel extremo habia uno de los grandes jarros de cristal que contenian el vino de Chipré.

Elena Karuk se acercó al sillón colocado delante del otro extremo de la mesa donde se veía el otro jarro.

Entrambas damas permanecieron algun tiempo contemplándose sombríamente.

—Entre nosotras, dijo Elena Karuk, existe algo que nos une.

—Sí, dijo Estéfana Barbarigo, el luto que llevamos por un mismo hombre.

—Nosotras debemos amarnos, dijo Elena Karuk.

—Sí, debemos amarnos hasta el punto de exterminarnos.

—Pues bien, dijo Elena, brindemos por nuestro amor ó por nuestro odio.

—Brindemos, dijo sobreexcitada Estéfana Barbarigo, llenando su copa al mismo tiempo que Elena Karuk llenaba la suya.

—Que nos odiamos en la eternidad como ahora nos odiamos, dijo Elena Karuk levantando su copa.

—Sea, contestó Estéfana levantando la suya.

Y ambas extendieron los brazos chocando las anchas copas, y bebieron.

IV.

Apenas hubieron bebido, Elena Karuk soltó una horrible carcajada, y su mirada se fijó con una burla y un sarcasmo horrible en Estéfana Barbarigo.

—¿Por qué os reis? ¿Por qué me mirais de ese modo? dijo con irritacion Estéfana. ¿Es acaso porque me habeis invitado á venir y he venido? ¿Qué encontrais de extraño en esto? He venido á miraros frente á frente; á conocer á la mujer que se creia con derecho á provocarme porque su amante ha muerto entre mis brazos. ¿Qué hay de comun entre nosotras? Vos habeis sido desde hace mucho tiempo la manceba de César, que en vano ha pretendido ser su esposa, y yo la mujer pura que no hubiera sido suya sino cuando le hubiera tenido por esposo.

—Vos le habeis seducido cuando yo le esperaba para unir á él mi suerte y mi vida, y vos le habeis entregado á la terrible espada del rey de Portugal; no, no es el rey de Portugal el que le ha muerto, habeis sido vos, vos

que temblábais por la vida del rey don Sebastian desde el momento en que fuéteis su esposa por los celos y por el furor de Malatesta. Poreso yo no he pensado en vengarme del rey de Portugal; él no ha sido más que una víctima vuestra; él no ha sido más que el instrumento y vos habeis sido el pensamiento infame; por eso yo os he buscado para mi venganza; yo os he provocado para obligaros á venir aquí y habeis venido. ¡Oh, gracias, Estéfana, porque estais aquí y yo estoy vengada ya de vos!

—¡Vengada! ¡Es decir que creéis que yo no he venido también á tomar venganza de vos!

—¡Oh! ya es tarde; dentro de poco os vereis dominada por un dulce enlanguidecimiento; el sueño pesará sobre vuestros ojos y os dormireis para despertar en la eternidad.

—¡Ah! exc'amó Estéfana. ¡Vos sois la dueña, la moradora maldita de ese palacio en que dicen vive el diablo!

Y Estéfana dió un paso hácia Elena.

Y aquellas dos mujeres quedaron mirándose frente á frente sombrías, convulsas, lívidas, desfiguradas, espantosas.

Durante algun tiempo ninguna de ellas habló una sola palabra.

Elena Karuk dió á su vez un paso hácia Estéfana.

Casi se tocaban ya.

—¡Escucha! dijo Elena Karuk con voz sorda y con-

centrada: yo adoraba á César desde hace mucho tiempo; era mi amante; nos unia un lazo terrible, un lazo de crimen, un lazo que en vano pretendia romper; pero yo no podia dominarle; yo no podia obligarle á que partiese conmigo su nombre, á que fuese mi esposo. Habia una mujer (y el acento de Elena se hizo más sordo y más concentrado), una mujer hermosa que irritaba al mismo tiempo el deseo y la soberbia de César, una mujer funesta que estaba colocada entre él y yo. Esa mujer eres tú. ¡Tú, á quien hace mucho tiempo aborrezco yo con toda mi alma! ¡Tú, á quien yo no he exterminado porque he tenido miedo al aborrecimiento de César! ¡Tú, que habiendo causado la muerte de César, me has llevado al colmo de la desesperacion y de la rábia, y me has enloquecido en furor de venganza!

—¡Yo te desprecio! contestó Estéfana con una altivez y un desden insoportables.

Elena lanzó una carcajada.

—¡Pobre mujer! dijo con un desprecio superior al de Estéfana. ¡Insensata, que me desprecia! ¡Imbécil, que no sabe cuánto abrasa la sangre tártara que corre por mis venas! ¡Que me aborrece como yo la aborrezco á ella, y no ha buscado la ocasion de perecer conmigo como la he buscado yo!

—¡Ah! ¿Tú crees que yo podia ni aún acordarme de tí? ¡Qué me importabas tú! ¡Quién eras tú, más que una manceba despreciada por él! ¡Una mujer olvidada que le esperaba en vano cubierta con las galas nupciales, mientras él me dejaba sentir todo el ardiente fuego de su amor! ¡No! ¡Tú no has existido nunca para mis celos

y no puedes existir para mi venganza! ¡He venido porque me has provocado; he venido porque estoy desesperada, porque sabia que habias de hablarme de él, y yo queria hablar de él! ¡He venido no sé por qué, porque no existes para mí!

—¡Tú has sido la matadora de César, y has venido á morir, á morir conmigo! dijo con un acento espantoso Elena Karuk.

—¡A morir contigo! exclamó Estéfana acreciendo en su desprecio.

—¡Si! ¡No te he dicho ya que amo á César, que soy tártara, que corre por mis venas fuego en vez de sangre, que estoy desesperada y enloquecida por el furor de la venganza! ¡No te he dicho ya que no puedo vivir, que la vida es ya para mí un tormento insoportable, y que no quiero dejarte sobre la tierra para que olvidada de César ofrezcas tu amor á otro hombre! ¡Ah! ¡No sabes que las copas con que hemos brindado por César Malatesta tenian dentro de sí la muerte!

Estéfana palideció de cólera, y buscó algo apresuradamente entre sus ropas.

—¡Ah! ¡Tú tienes en tu alma la cobardía y la traicion! exclamó: ¡no hemos bebido de un mismo vino; sobre esa mesa hay dos jarros; la copa que tú has bebido, sin duda que no llevaba en sí la muerte; pero tú no sabias quién era Estéfana Barbarigo, y te has acercado demasiado pronto á mí!

Y Estéfana asió vigorosamente con la mano izquierda una mano de Elena, y dejó ver en la otra un puñal, que cayó sobre el pecho de Elena Karuk.

—¡Ah! ¡Gracias!.... exclamó Elena cuyas rodillas se doblaron, cayendo sobre ellas; me has librado del insoportable sopor del tósigo de los Borgias. ¡Oh! ¡Gracias! Yo te perdono.... mis celos.... y mi dolor....

Y Elena cayó de costado sobre la alfombra, manchándola con la sangre que salia en un copioso raudal de su pecho.

Las palabras que siguió murmurando, ininteligibles y roncas, se apagaron al fin.

Estéfana estaba inclinada mirando de una manera horrible á Elena que moria.

Al fin, Elena quedó completamente inmóvil: su débil respiracion cesó; una palidez cadavérica cubrió como un sudario su semblante.

VI.

Y Estéfana empezó á sentir una dulce languidez, pero pesada, densa; un frio leve, que crecia, crecia helando su sangre, enlanguideciéndola más y más, causándola una soñolencia invencible, dominando, oscureciendo su razon y su conciencia.

Lentamente, los ojos de Estéfana se fueron cargando é inyectándose de sangre, y su semblante blanco y nacarado, fué tomando un leve matiz lívido, desencajándose, convirtiéndose en el semblante de un cadáver.

Al fin se dobló más y más, sus ojos se cerraron, vaciló, y cayó junto á Elena, sobre el charco de sangre que se extendia sobre la alfombra.

Y así pasaron algunas horas, hasta que el hostelero, acompañado de algunos criados y de algunos esbirros, entró en el aposento y vieron el horrible espectáculo que ofrecía.

VIII.

Barbarigo escuchó impasible la noticia de esta catástrofe; pero cuando se quedó solo, los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, se arrodilló, y dijo con la cabeza inclinada y la voz trémula:

—¡Señor, Señor! ya que esa desdichada ha dejado de existir, perdónala como yo la perdono.

Después se alzó, concentró su dolor en su alma, se acercó á la mesa, agitó una campanilla, y dijo á un secretario que se presentó á su llamamiento:

—Id vos mismo al palacio Sforzia, y decid al extranjero Gabriel de Espinosa, que os siga hasta mi presencia, de orden del Consejo de los Diez.

IX.

La catástrofe de Estéfana Barbarigo y de Elena Conti habia causado una profunda sensacion en Venecia; era el asunto de todas las conversaciones, y la opinion pública enlazaba por una misteriosa adivinacion esta catástrofe con la muerte de César Malatesta, causada por un extranjero que se decia ser un rey misterioso.

Y decimos que la opinion pública decia esto por adivinacion, porque ningun proceso se habia instruido, y se habia guardado un profundo secreto acerca del matador de César Malatesta, á quien solo conocian algunos esbirros, que habian sido desde sus escondrijos en los jardines de Apolo, testigos del lance.

Lo que demuestra, porque no se puede creer buenamente en las adivinaciones, que los esbirros de Venecia no guardaban completamente el sigilo que les estaba recomendado bajo severas penas por la República.

X.

En Gabriel de Espinosa se habia operado una reaccion completamente favorable á Sayda Mirian.

Parecia como que Gabriel de Espinosa habia recobrado la razon, después de haber estado dominado muchos años por una locura incomprensible.

Mirian le encontraba, no solo tranquilo y dulce, sino enamorado.

Desde el momento en que Gabriel de Espinosa se habia convencido de la traicion de Estéfana, al mismo tiempo que del ardiente é inalterable amor de Mirian, le habia mirado como nunca se habia visto mirada la sultana por Gabriel de Espinosa.

No parecia sino que la hermosura de Mirian le embriagaba, le inundaba de una felicidad desconocida.

La pobre Sayda Mirian era feliz.

Habia encontrado por fin el amante en el esposo.

La disolucion de su matrimonio por el Papa estaba

anulada de hecho por la conducta de Gabriel de Espinosa; pero existía de derecho, y debía existir, porque el Papa no podía deshacer lo que en un asunto de tanta importancia había ya hecho.

Los dos esposos, sin embargo, se adormecían en su amor. Gabriel se había olvidado de sus locuras, y Mirian le había perdonado lo que por aquellas locuras había sufrido.

Los sucesos, sin embargo, crecían en gravedad, y se condensaban como una tormenta, sobre la cabeza de Gabriel.

XI.

El secretario de Barbarigo llamó á la puerta del palacio Sforzia, poco despues del amanecer, cuando aun no había dejado el lecho Gabriel de Espinosa.

Sin embargo, fué despertado á causa de la terminante intimacion del secretario del Consejo; escuchó la orden, la obedeció, y salió de su casa con el secretario, dejando llena de ansiedad á Mirian.

XII.

Acababa de salir el sol, cuando Gabriel de Espinosa se presentaba á Giacomo Barbarigo.

El anciano senador nada le dijo acerca de lo acontecido en la hostería del Gato Azul; pero le puso en las manos la orden terminante del Consejo de los Diez, en que se ordenaba al soldado español Gabriel de Espinosa salir inmediatamente de los estados venecianos.

—¿Y á dónde iré? dijo Gabriel de Espinosa.

—A donde quiera que vayais, dijo Giacomo Barbarigo, evitad las imprudencias, de que tan pródigo os habeis mostrado entre nosotros, no sea que los que de nuevo os amparen, se vean como nosotros obligados á echaros de sí.

—En buen hora, señor Giacomo Barbarigo, saldré de Venecia, y será de mí lo que Dios quisiere.

—El Estado se vé en la dura necesidad de no teneros por más tiempo en su seno. Se nos avisa que ya en el Consejo de Estado del rey de España se trataba de vos y de nosotros; lo que quiere decir, que se sabe que existís, lo que pretendéis, y lo que por vos hacemos nosotros. Si hubiérais sido más paciente, si hubiérais conservado rigorosamente el incógnito que se os encargó, si por vuestra impaciente ansiedad no hubiérais cometido las imprudencias que han causado lamentables desgracias promoviendo el escándalo en Venecia, nosotros os hubiéramos facilitado el camino, y antes de mucho hubiérais pisado como rey las playas de vuestro reino de Portugal, sublevado ya contra vuestro tío el rey don Felipe. Pero habeis obrado como un mancebo loco; os habeis olvidado de las canas que blanquean vuestra cabeza, y en vano Venecia se esforzaria por llevar á feliz término vuestros negocios; antes que por vos, nuestra lealtad y nuestro amor á la pátria, nos obliga á mirar por Venecia; y cumpliendo con nuestra obligacion, os mandamos salir de ella sin la demora de un solo instante. Pero la República, que conoce vuestra situacion, no os pone en un apuro; en la *Bella Genovesa* en-

contrareis una fuerte cantidad de oro. En cuanto á vuestra mujer y vuestra hija, sea cualquiera vuestra suerte, nada temais; están bajo la proteccion de la República de Venecia, á quien todo el mundo respeta.

— Gracias, señor Giacomo Barbarigo, dijo profundamente conmovido Gabriel de Espinosa, comprendo que la República no se atreva á desafiarme por mí la cólera del rey don Felipe; nunca lo habia yo pretendido; no lo pretenderé ahora; sea cualquiera el destino que Dios me tenga reservado, estoy dispuesto á arrostrarlo. Por lo demás, nunca olvidaré lo que por mí ha hecho Venecia, y la proteccion generosa que otorga á mi mujer y á mi hija; y si alguna vez mis proyectos llegan á feliz término, Portugal, mientras yo le rija, será inalterable amigo de Venecia.

— Quiera Dios, señor rey de Portugal, que pronto Venecia os cuente por su amigo y su aliado. Adios, señor; graves asuntos me obligan á apresurar mi despedida de vos. Hola, señor Rugiero Maffei, preparaos á cumplir inmediatamente, dijo Barbarigo al jóven secretario que se habia presentado en la puerta, otra comision como la que habeis cumplido, llevando á Civitavechia á las dos personas que se os ha encargado. Vais á conducir á este caballero y á su familia de una manera secreta á la nao *Bella Genovesa*, que está anclada en el puerto. Cuando los hayais dejado allí, pasareis á bordo de la galera de la República *San Márcos*, y tomareis su mando de órden del Consejo de los Diez; hé aquí la órden, añadió Barbarigo dando un pliego cerrado á Rugiero; cuando haya levado anclas y héchose á la mar *La Bella Genove-*

sa, vos levareis anclas y la ireis convoyando desde lejos, pero dispuesto á defenderla de toda acometida, ya sea de un barco corsario, ya de un barco de rey; cuando la *Bella Genovesa* haya dejado en tierra en el punto que más le convenga al señor Gabriel de Espinosa y á su familia, vuestra comision habrá terminado, y os volvereis al puerto de Venecia. Adios otra vez, señor Gabriel de Espinosa; que Dios os dé la buena suerte que deseamos.

— Adios, señor Giacomo Barbarigo; recibid la expresion de mi profundo agradecimiento, y trasmitirla al Consejo.

Despues de esto, Gabriel salió, pálido, contrariado, conteniendo mal su cólera.

El verse lanzado de Venecia, le humillaba, le irritaba.

Era el hombre violento y soberbio de siempre; pero se veia obligado á callar y obedecer, y obedecia y callaba.

Rugiero Maffei le seguia impasible á una distancia medida por el respeto.

Porque como Giacomo Barbarigo, y como el Consejo de los Diez, Rugiero Maffei estaba en la creencia de que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.